

ETNOGRAFÍAS ENCARNADAS, VULNERABILIDAD Y AFECTO

VULNERABILIDAD ANALÍTICA, INTERSECCIONALIDAD Y ENSAMBLAJES: HACIA UNA ETNOGRAFÍA AFECTIVA

Alba PONS RABASA

SUMARIO: I. *Trans*formaciones sociales y micropolíticas corporales: una etnografía feminista*. II. *Apuntes epistemológicos y metodológicos de una etnografía feminista sobre lo trans**. III. *El grupo de apoyo trans* de la Clínica Especializada Condesa de la Ciudad de México*. IV. *Escena etnográfica: de los adentros y nosotros ideales a las situacionalidades afectivas*. V. *Hacia una etnografía afectiva de los procesos de materialización subjetiva y corporal*. VI. *Bibliografía*.

En este ensayo pretendo reflexionar en torno a ciertas cuestiones epistemológicas, metodológicas y teóricas que surgen al colocar al afecto como eje principal de análisis en la investigación feminista. Para ello recuperaré una escena etnográfica del trabajo de campo realizado en el grupo de apoyo trans* de la Clínica Especializada Condesa, primera institución que en el 2009 empezó a ofrecer atención a la salud transicional por medio del Seguro Popular en la Ciudad de México. Si bien vuelco de nuevo la mirada a una escena que forma parte de mi anterior etnografía,¹ es necesario resaltar que mis interrogantes y el marco teórico que utilicé forman parte del actual trabajo de investigación: “Tránsitos críticos, trans-

¹ Pons Rabasa, Alba, *De las transformaciones sociales a las micropolíticas corporales: un archivo etnográfico de la normalización de lo trans* y los procesos de corposubjetivación en la Ciudad de México*, tesis doctoral, México, UAM Iztapalapa, 2016.

formaciones epistemológicas y traducciones políticas: cuerpo, afecto e identidad en la investigación feminista sobre lo trans²”, que tiene por objetivo general proponer nuevas metodologías y rutas de análisis del cuerpo, la identidad y el afecto en la investigación feminista y *queer*.

En esta ocasión abordaré la escena etnográfica escogida a través de dos lentes analíticos: la teoría de la interseccionalidad de Kimberlé Crenshaw y la teoría de los ensamblajes de Deleuze y Guattari releída por Jasbir Puar. Mi propósito es mostrar, por un lado, ciertos límites y potencialidades analíticas del afecto, y por el otro, su capacidad cuestionadora en términos teóricos, metodológicos y epistemológicos. A partir de esto, reflexionaré sobre la necesidad de proponer nuevas formas y técnicas de investigación que nos permitan rozar la dimensión afectiva de la vida social y desbinarizar y encarnar el pensamiento que producimos.

Así se abrirán ciertos interrogantes relevantes para el campo de la investigación feminista: ¿qué es lo que caracteriza una etnografía afectiva? ¿Qué metodología y mediante qué técnicas podemos explorar el afecto en la etnografía? ¿Qué aporta a la disciplina antropológica poner el afecto en un lugar central en nuestras investigaciones feministas?

I. TRANS*FORMACIONES SOCIALES Y MICROPOLÍTICAS CORPORALES: UNA ETNOGRAFÍA FEMINISTA

Mi investigación es básicamente un archivo etnográfico en los términos que lo define Rodrigo Parrini.² Archivo en tanto que intenta mostrar la dimensión normativa que configura lo trans* en la Ciudad de México a través del análisis de su proceso histórico de normalización y, al mismo tiempo, analizar la dimensión afectiva en la que constantemente se está tensando y, por tanto, transformando dicha dimensión normativa. Es, sobre todo, en la dimensión afectiva

² Parrini, Rodrigo, *Los archivos del cuerpo. ¿Cómo estudiar el cuerpo?*, México, UNAM, 2012.

tiva donde lo etnográfico es una herramienta indispensable para construir el esquema analítico de la *corposubjetivación*, el cual posibilita un análisis situacional de los procesos de configuración identitaria y de materialización subjetiva y corporal teniendo en cuenta tanto sus momentos de estabilización y cristalización normativa como los instantes de movimiento y exceso, de desterritorialización. La combinación entre unos y otros produce los procesos de singularización que nos van constituyendo como “sujetos” al ocupar determinadas posiciones sociales.

En el grupo de apoyo trans* de la Clínica Especializada Condesa participé durante dos años y medio, y fue el contexto en el cual analicé las prácticas corporales, los diferentes modos de referencia de lo trans*, las torsiones de la feminidad, la masculinidad y la heterosexualidad, y los procesos de *corposubjetivación*, definiéndolos como “procesos mediante los cuales los sujetos nos encarnamos como tal y en los que las representaciones sociales en torno al género, la racialidad, la sexualidad y la clase social participan performativamente de forma compleja, particular y constante”.³

Entendiendo este grupo como un espacio de vida construido a partir de los *saberes locales*⁴ que en él se producen, analicé cómo se articulan diferentes niveles y elementos⁵ en esos procesos de *corposubjetivación*, donde emergieron la interdependencia,

³ Pons Rabasa, Alba, “De la representación a la corposubjetivación: la configuración de lo transgénero en la Ciudad de México”, en Amuchástegui, Ana (ed.), *Mujeres y VIH en México: perspectivas multidisciplinares en la atención a la salud*, México, UAM Xochimilco, 2018.

⁴ A partir del concepto “saberes sometidos”, de Michel Foucault (2000), y de las “epistemes locales”, del antropólogo chileno Rodrigo Parrini (2018), defino los *saberes locales* como producciones discursivas construidas colectivamente con el fin de inteligibilizar los modos de existencia corporal y subjetiva y hacerlos vivibles mediante su legitimación. Estos saberes se reapropian de forma estratégica y situada de los saberes hegemónicos, torciéndolos y modificando sus normas y significados. Véase Pons Rabasa, Alba, *De las transformaciones sociales a las micropolíticas corporales...*, cit.

⁵ Para profundizar en el esquema analítico y los elementos que lo conforman, consultar *idem*.

la diferencia y el afecto como elementos clave, abriéndose así la pregunta en torno a aquello que impulsa su singularización.⁶ Interrogante que formulé en articulación con la transformación de los marcos de reconocibilidad del contexto que nombré como *normalización* y con la experiencia de las personas protagonistas de este trabajo. Con ellas construimos *collages corpo/bio/gráficos* que mostraron la singularidad de sus procesos vitales, pero, a la vez, detonaron reflexiones etnográficas sobre el efecto de las geometrías del poder, los ejes de diferenciación social en éstos y sobre el papel del afecto en los procesos de *corposubjetivación*. Ahí el afecto emergió como posibilidad analítica y política clave.

II. APUNTES EPISTEMOLÓGICOS Y METODOLÓGICOS DE UNA ETNOGRAFÍA FEMINISTA SOBRE LO TRANS*

Ubico mi investigación dentro del marco de la etnografía feminista por varias cuestiones, entre ellas, por el reto epistemológico que enfrenta: la desbinarización del pensamiento occidental moderno que subyace a nuestras realidades y trabajos de investigación. Necesidad planteada por teóricas feministas como Donna Haraway⁷ y Rosi Braidotti,⁸ entre otras. Esto implica la localización de la investigadora y una manera de analizar y escribir que escape de la objetivación, homogeneización y estabilización de las experiencias vividas en el trabajo de campo y encarne el saber que se produce. Para acercarme a la consecución de este desafío he tenido que problematizar las técnicas clásicas de la investigación antropológica a partir de una reflexión crítica que tenga en cuenta las dicotomías que las subyacen; la principal, la de sujeto investigador/objeto investigado.

⁶ *Idem.*

⁷ Haraway, Donna, “Testigo_Modesto@Segundo_Milenio”, *The Haraway Reader*, Nueva York, 2004.

⁸ Braidotti, Rosi, *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*, Madrid, Akal, 2005.

Por ello no he realizado entrevistas en *stricto sensu*, sino *encuentros afectivos*.⁹ En la entrevista, la distinción binaria y jerarquizada sujeto investigador/objeto investigado se materializa en una suerte de expropiación del relato buscado, donde pareciera que quien pregunta no tiene una historia a través de la cual lo hace y a través de la cual interpreta las respuestas. Se muestra al sujeto investigador ocupando una posición neutral —de *testigo modesto*—¹⁰ que, como bien se ha cuestionado históricamente desde la investigación feminista, es imposible. Siempre se trata de una posición de poder que debemos asumir y elaborar, poniéndola en relación con nuestra experiencia como investigadoras. Al mismo tiempo, en mi trabajo asumo, por un lado, que el campo se construye gracias a la interacción que propongo, es decir, al trabajo de campo mismo y a la aplicación de ciertas técnicas de investigación; por el otro, que el relato que construyo a partir de los *encuentros afectivos* produce una historia, por tanto, posee un carácter performativo que tiene que ver con la necesidad de darnos coherencia dentro de marcos normativos y de reconocibilidad específicos.

Sustituir la entrevista por *encuentros afectivos*, o sea, por la construcción de relaciones de afecto e intimidad a través de dichos encuentros, nos permite ir analizando los diferentes marcos normativos y de inteligibilidad que ponemos en juego tanto la investigadora como la persona con la que trabajamos. Desde ahí se construye una suerte de sentido común compartido que contiene el relato. El análisis de este marco y del relato mismo nos permite articular la experiencia de la persona con la que trabajamos, la propia desde la cual vivimos el trabajo de campo, con el contexto social, histórico, político y cultural. Aquí deberemos asumir que aunque haya una relación entre los imaginarios sociales, en las categorías normativas que los componen y las experiencias particulares siempre se da una tensión entre la representación que

⁹ Pons Rabasa, Alba, *De las transformaciones sociales a las micropolíticas corporales...*, *cit.*

¹⁰ Haraway, Donna, *op. cit.*

éstos suponen y la experiencia, los procesos de materialización subjetiva, corporal y afectiva con los que se articula.

Esta tensión va a atravesar por completo la investigación porque así como las experiencias exceden los marcos normativos que las definen en el campo de lo social, también se van excediendo las categorías que solemos utilizar en la investigación para analizar estas cuestiones. Aquí radica la necesidad que debemos enfrentar de crear nuevas formas de aprehensión, análisis y traducción política, partiendo de la inevitable parcialidad de esta aprehensión, que no constituye un límite investigativo, sino un punto de partida que forma parte de un posicionamiento feminista desde el que entendemos la objetividad y la producción de conocimiento a partir de la localización y lo encarnado.

Sustituir la observación participante clásica de la antropología por la participación observante fue otra estrategia que cuestionaba la preeminencia de la vista y el oído en la primera, así como la supuesta modestia del testigo antropólogo en cuestión. En la participación observante subyace una idea de sujeto encarnado y situacional heredera de filosofía merleauPontiana¹¹ que era más acorde con la epistemología feminista que enmarcaba los desafíos epistemológicos de mi trabajo. Utilizar la experiencia y el cuerpo de la investigadora como herramienta de análisis no es una novedad en la antropología; se trata de una constante propuesta desde la etnografía feminista de los años sesenta, como nos recuerda Verena Stolcke,¹² sin embargo, repensar incluso la misma participación observante, poniendo el afecto en el lugar del lente a través del cual se analiza la realidad material y social investigada, implica construir nuevas propuestas. Es entonces

¹¹ Aschieri, Patricia y Puglisi, Rodolfo, “Cuerpo y producción de conocimiento en el trabajo de campo: una aproximación desde la fenomenología, las ciencias cognitivas y las filosofías orientales”, citado en Pons Rabasa, Alba, *De las transformaciones sociales a las micropolíticas corporales...*, cit., p.128.

¹² Stolcke, Verena, “De padres, filiaciones y malas memorias. ¿Qué historia de qué antropología?”, citado en Pons Rabasa, Alba, *De las transformaciones sociales a las micropolíticas corporales...*, cit.

donde la percepción observante que se propone desde la antropología sensorial¹³ puede ser usada para analizar los procesos de materialización de los sujetos desde la etnografía feminista, pues utilizar el cuerpo y la sensorialidad como herramienta para el análisis implica no solamente participar, sino también percibir ciertos fenómenos difícilmente textualizables. ¿Es el afecto aprehensible desde esta propuesta? Voy a dejar en suspenso esta cuestión para retomarla en la conclusiones.

III. EL GRUPO DE APOYO TRANS* DE LA CLÍNICA ESPECIALIZADA CONDESA DE LA CIUDAD DE MÉXICO

El grupo de apoyo trans* se reunía quincenalmente en el auditorio de la clínica. Durante el primer año de la investigación llegaron entre 10 y 30 personas a las sesiones, número que fue disminuyendo cuando la terapeuta Xantall Nuihla tuvo que ausentarse por cuestiones de salud y problemas económicos y familiares. Fue ahí que se configuró como una suerte de grupo de ayuda mutua. Las edades de las personas asistentes oscilaban entre los 18 y los 60 años, y era complicado describir el grupo a partir de sus identidades de género, pues en ocasiones no estaban del todo definidas o iban cambiando a medida que pasaba el tiempo bajo una lógica que no era lineal. Esto lo provocaba uno de los objetivos del espacio, que era dar información sobre lo trans*. De hecho, había gente que venía solamente porque algo de lo trans* resonaba en su experiencia, pero no llegaban a “transitar” como lo entendemos en términos biomédicos. Se trataba de un espacio abierto, de fácil acceso, para “reconocerse y crear redes... para crear lazos de solidaridad y sororidad... combatir lo cabrona que está la soledad en la comunidad trans*, el aislamiento, la vergüenza, la pinche competitividad”. Así lo definía Xantall sesión tras sesión, para darles la bienvenida a las nuevas caras que iban y venían, lo que evidenciaba cierta historia de la misma terapeuta, quien, además,

¹³ Pink, Sarah, *Doing Sensory Ethnography*, 2a. ed., Londres, SAGE, 2015.

se definía como “bisexual, terapeuta sexual, del deseo y del cuerpo, y sexóloga”.

El espacio grupal estaba inserto en la clínica, pero nunca estuvo regulado del todo por ella. Si bien Xantall se reunía quincenalmente con el equipo médico, era obvia la diferencia entre su discurso y los discursos biomédicos que manejaba la clínica sobre lo trans*.¹⁴ Lo que también evidenciaba que se trataba de un proyecto propuesto por ella, activista aliada de la comunidad trans* por más de 20 años, y dos activistas trans* más. En este sentido, el grupo se convertía en un espacio propicio para la construcción de discursos críticos con la normatividad sexo-genérica en general, y con la medicalización y la patologización de las identidades trans* en particular.

Como en todo grupo, había una serie de prácticas, discursos y experiencias que configuraban un *adentro* y un *nosotros* específicos, normalmente definidos a partir de su oposición con los discursos de género imperantes en el *afuera*: la sociedad. Sin embargo, ese *adentro*¹⁵ también estaba plagado de tensiones y contradicciones: sin duda era un espacio de crítica y cuestionamiento de los ideales regulatorios, de las expectativas sociales, pero para nada estaba exento de los efectos de estos ideales y de sus normas. Más bien, se constituía como un espacio de producción de un discurso crítico que se volvía referencia para conferir de inteligibilidad a los procesos corporales y subjetivos de las personas que participábamos en él. No obstante, este discurso crítico, en la construcción de estos *saberes locales*, se articulaba, en ocasiones y en función del objetivo del momento, con el discurso biomédico sobre lo trans* o con otros como el discurso moral sobre la familia o el discurso hegemónico sobre el amor.

Así, este ideal en el relato del *adentro* y el *afuera* del grupo, en la experiencia, se constituía como un espacio de condensación

¹⁴ Pons Rabasa, Alba, “De la representación a la corposubjetivación...”, *cit.*

¹⁵ Al igual que el *afuera* ideal, que remite a la concepción de lo social como todo homogéneo a pesar de su heterogeneidad, su pluralidad y su carácter antagonico.

de distintos discursos, en muchas ocasiones en disputa; discursos atravesados por las vivencias cotidianas, los conocimientos, las reflexiones que las diferentes asistentes al grupo traían consigo de ese *afuera*.

IV. ESCENA ETNOGRÁFICA: DE LOS *ADENTROS* Y *NOSOTROS* IDEALES A LAS SITUACIONALIDADES AFECTIVAS

En una de las sesiones se desató una discusión que tomaré como escena etnográfica para ilustrar la utilidad de articular los dos marcos interpretativos que he propuesto para analizar tanto la dimensión normativa de la vida social que nos configura como “sujetos” como la dimensión afectiva que constantemente cuestiona la estabilidad, coherencia y mismidad de estas “subjetividades sujetadas”. Realizaré primero un análisis interseccional de la escena y, *a posteriori*, uno situacional y afectivo. En estos dos análisis podremos observar, por un lado, la necesidad de un análisis categorial, o incluso identitario, pero también sus limitaciones; y por el otro, la potencialidad del afecto como lente analítico, pero también como metodología.

En medio de un acalorado debate iniciado por Ada en torno a su manera de entender la diferencia entre la identidad y la preferencia sexual, Valeria habló de los reggeatoneros, dejando desconcertados a compañeros y compañeras, algunos de los cuales no pudieron evitar evidenciar sus prejuicios al respecto: que si “son drogadictos”, que si “son rateros”. Mientras tanto, ella los defendía argumentando que si no querían ser juzgadas, por qué juzgaban a otros grupos por su forma de vestir y de vivir. En medio de la discusión, Sandra comentó que el respeto tenía sus límites, poniendo el ejemplo de las mujeres trans* a las que les gusta mucho el sexo y argumentando cómo dificultaban la aceptación de la comunidad y las perjudicaban a todas. Valeria intentó disimular su desaprobación, pero su gesto facial era obvio. En ese momento intervine en la conversación diciendo

que seguramente en el grupo había más personas a las que nos gustaba el sexo, y Valeria afirmó: “Da coraje que la gente no entiende”, a lo que Marco, para calmar las tensiones, explicó por primera vez en el grupo que a su hermano le faltaba un brazo y que eso le había provocado muchos problemas de aceptación social, pero que, sin embargo, se había podido desenvolver, que se había acostumbrado, que el problema era la sociedad que no lo aceptaba. Ante ese relato se diluyó la tensión y todos escuchamos atentamente la historia.¹⁶

Esta viñeta nos muestra que, más que una frontera delimitada entre el *adentro* y el *afuera* del grupo, hay una continuidad inherente a las experiencias de vida de las mismas personas que lo conforman, que se materializa en este tipo de discursos que, si bien son críticos con cierto tipo de normatividad, reproducen ciertos prejuicios sociales, lo que para nada le resta capacidad crítica al espacio.¹⁷

1. *Un análisis interseccional de la escena etnográfica*

No son pocas las teóricas feministas que han pensado sobre la articulación entre diferentes ejes de opresión y privilegio, de diferenciación social, que nos atraviesan como sujetos porque, de alguna forma, nos regulan al sujetarnos y, al mismo tiempo, configuran nuestras posibilidades de existencia. Para realizar esta reflexión, Teresa de Lauretis retoma las críticas que entre los setenta y ochenta lanzaron las feministas negras y lesbianas en torno al sujeto político del feminismo. La (hetero)sexualidad, la clase y la racialización emergieron como ejes de opresión que habían sido invisibilizados por las feministas blancas, occidentales, de clase alta y heterosexuales. De Lauretis argu-

¹⁶ Diario de campo del 17 de febrero de 2014.

¹⁷ Los prejuicios que afloran en el grupo son aquellos que escuchamos y emitimos a cada rato en el *afuera*, y son muestra también de las múltiples posiciones del sujeto que ocupamos en nuestros devenires cotidianos.

menta que la condición de posibilidad de esta crítica fue, por una parte, la experiencia encarnada de opresión de estas “otras inapropiables” al interior mismo del feminismo, y por otra, la interrogación

...acerca de las interrelaciones entre sujetos, discursos y prácticas sociales, y acerca de la multiplicidad de posiciones existentes al mismo tiempo en el campo social entendido, con Foucault, como campo de fuerzas: no un único sistema de poder que domina los sin poder, sino como una maraña de relaciones de poder y puntos de resistencia distintos y variables.¹⁸

Lo que estas feministas *excéntricas* estaban viviendo y teorizando, de acuerdo con De Lauretis, es justamente que el género y la diferencia sexual como categorías tienen un límite en lo que a capacidad analítica y política refiere, no pueden ser pensadas si no es en su mutua intersección con la clase social, la racialización y la identificación sexual, que lejos de articularse de forma simple, se afectan de forma compleja, variable y singular en términos subjetivos, corporales, culturales y políticos.

Cuando Sandra empezó en el grupo debía tener unos 55 años. Estaba en lo que ella llamó “proceso de transición” y tenía todavía una imagen andrógina, entendiéndola como una suerte de ambigüedad en su expresión de género que dificultaba su asignación en uno u otro de los polos del binario hegemónico. Solía llevar prendas de vestir que se asocian con las mujeres y otras unisex, zapatos con tacón bajito y bolso de mano. Aunque es ingeniera, había decidido abrir una escuela de gastronomía porque le encanta cocinar y creyó que sería una profesión que facilitaría su cambio, básicamente porque sería su propio negocio; ella sería la directora. Tenía un hijo que en ese momento cursaba la preparatoria y dos hijas mayores. Todos supieron de su “proceso de transición”, descrito por ella como: “Estoy en un

¹⁸ Lauretis, Teresa de, “Sujetos excéntricos”, *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*, Madrid, Horas y horas, 2000, p. 30.

proceso hormonal de cambio de género. Me estoy convirtiendo en mujer”.¹⁹

Su anhelo era “vivir plenamente como mujer”, y reiteradamente recalca que es “una mujer transgénero”. Ahora bien, aparte de ser una mujer transgénero, es ingeniera, madre, fue padre de familia a lo largo de muchos años, es divorciada e hija de unos padres a quienes cuida amorosamente. Todo esto la coloca en diferentes posiciones de sujeto, desde las que puede articular los enunciados que le permiten conferirse de reconocibilidad y mantenerse en éstas, relacionarse con su mundo y comprenderlo, un mundo que finalmente también la constituye. Es ahí donde los prejuicios se pueden ubicar, desde posiciones de enunciación diversas relativas no sólo al género, sino también a la edad y a la clase social, pues antes de que empezara su transición, en su vida como hombre cisgénero heterosexual casado y con hijos, Sandra contaba con un estatus socioeconómico que la alejaba de los *reggetoneros* e incluso de “esas trans* a las que les gusta el sexo” con las que no tenía ningún tipo de relación encarnada. Las posiciones de sujeto, condicionadas por los diferentes ejes de diferenciación comentados, implican un universo de sentido que dota de valores y valoraciones específicas, positivas y negativas, a otras identidades, a otras prácticas y a otras posiciones de sujeto. En este caso, es posible ver justamente las valoraciones negativas; los prejuicios.

Al igual que Sandra, el resto tampoco éramos sólo personas trans*, o mujeres cis, sino que ocupamos una multiplicidad de posiciones subjetivas, condicionadas por diferentes factores que se articulan de formas complejas. La clase social, la racialización, la edad y la sexualidad, incluso la religiosidad, moldean los referentes con los que Sandra se confiere de inteligibilidad y condicionan las diferentes posiciones de sujeto que ocupa, cuyo significado, incluso, tampoco puede ser clausurado en las categorías que he utilizado, pues su forma de “ser” trans*, madre, casado,

¹⁹ Diario de campo del 10 de diciembre de 2012.

divorciada, es moldeada de forma particular por estos diferentes ejes subjetivantes.

La teórica feminista decolonial María Lugones, con relación a esta mutua intersección entre ejes de opresión, propone “pasar de ... la lógica de la interseccionalidad a la lógica de la fusión, de la trama, de la emulsión”. Para ella, “esta lógica [de la fusión] defiende la inseparabilidad lógica de la raza, clase, sexualidad y género. Mientras la lógica de la interconexión [interseccionalidad] deja intacta la lógica de las categorías, la lógica de la fusión la destruye”.²⁰

Lugones recupera uno de los primeros trabajos que se desarrollaron sobre la teoría de la interseccionalidad, el de la abogada feminista negra Kimberlé Crenshaw,²¹ quien denunciaba cómo la opresión “de todas las mujeres” al seno del pensamiento feminista se había pensado a partir de la opresión de las “mujeres blancas”, borrando así la opresión particular experimentada por las “mujeres negras”. Ésta entendía que no se podría analizar y luchar contra la violencia ejercida contra las mujeres negras si dicha violencia era pensada a partir de la experiencia de las mujeres blancas. De hecho, la primera sólo era develada a partir de la intersección entre las categorías de racialidad y género.

Sin embargo, para Lugones este sigue siendo un pensamiento categorial y supone un instrumento de opresión, porque está pensado desde la lógica misma de la opresión. A pesar de que la interseccionalidad es para ella un paso hacia delante, pues nos permite comprender la identidad cruzada por múltiples dimensiones y la vivencia de su solapamiento, la lógica categorial “no puede acreditar a los que viven en la intersección de más de una

²⁰ Lugones, María, “Multiculturalismo radical y feminismo de las mujeres de color”, *Revista Internacional de Filosofía Política*, México, núm. 25, 2005, p. 65.

²¹ Crenshaw, Kimberlé, “Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics”, *University of Chicago Legal Forum*, vol. 1989, núm. 1, 1989.

categoría de opresión”²² y puede constituir una trampa. En efecto, este solapamiento de opresiones sólo es posible a partir de la fragmentación del oprimido y de la consecuente separación de los ejes de opresión. Pese a que la realidad funciona categorialmente, produciendo el efecto de la fragmentación y opresión, para esta teórica la lógica de la fusión permitiría identificar y resistir esta opresión mientras que la de la intersección sólo permitiría identificarla.²³

Si bien comparto parte de esta propuesta enmarcada en el multiculturalismo radical, sobre todo lo sugerente de la metáfora de la fusión que aquí me gustaría recuperar, podemos observar que tiene ciertas brechas peligrosas para el análisis que me propongo. La primera es la relativa a la reproducción de la lógica misma que Lugones critica en su manera de comprender las diferencias intragrupalas. Si de lo que se trata es de comprender que género, racialización y clase social son elementos inextricables al analizar la opresión que viven determinados grupos subalternos, ¿qué ocurre al interior de estos grupos? La construcción de un sujeto político también es categorial y constituye un proceso mediante el cual se homogenizan y objetivan las experiencias.

Ni las reacciones de Sandra ni las de Ada ni las de Marco pueden explicarse única y exclusivamente con la teoría de la interseccionalidad y su lógica categorial, pues correríamos el riesgo de estabilizar sus identidades y clausurar la multiplicidad de sentidos situacionales que se configuran en la cotidianidad, que tienen que ver con estos ejes, pero también con otros elementos que esta teoría no puede tomar en cuenta. No obstante, la propuesta interseccional es fundamental para comprender cómo la subjetividad y la corporalidad se van constituyendo de forma compleja dentro de una geometría del poder articulada por el género, la racialización, la clase social, la sexualidad y, podríamos añadir, la edad, la religiosidad y las capacidades corporales.

²² Lugones, María, *op. cit.*, p. 68.

²³ *Ibidem*, p. 70.

2. *Un análisis afectivo del evento situacional*

Desde un posicionamiento teórico crítico con la preeminencia de lo discursivo en la propuesta post estructuralista, encontramos a Jasbir Puar. Influenciada por teóricas feministas como Donna Haraway y Karen Barad, entre otras, así como por el corpus teórico de los filósofos del deseo Deleuze y Guattari, Puar plantea las potencialidades y limitaciones analíticas y políticas de la propuesta interseccional en la teorización sobre la diferencia en el pensamiento *queer*.²⁴

Puar entiende que, por un lado, la institucionalización del abordaje interseccional ha provocado una reificación de la diferencia sexual y de género al posicionarla “como una constante a partir de la cual existen variaciones”.²⁵ Por el otro, que el mismo análisis acaba por producir y multiplicar las diferencias, generando un ejército de “otros” excluidos para promover su inclusión, diferencias que se acaban reesencializando. Todo esto sucede porque la teoría interseccional ignora su propio emplazamiento en un momento histórico de pluralismo neoliberal que asimila las diferencias, tornándolas básicamente indiferentes,²⁶ y por eso propone que sea puesta en duda la “fuerza cualitativa de la diferencia *per se*”.²⁷

Para ella, esta deriva académica y política de la teoría interseccional tiene que ver con el impacto de la política representacional. Pero al mismo tiempo reconoce que no se trata de una metáfora analítica contraria a su propuesta, sino que son complementarias. La teoría de los ensamblajes desplazará el foco

²⁴ Puar, Jasbir, “Prefiro ser um ciborgue a ser uma deusa: interseccionalidade, agenciamento e política afetiva”, *Revista Meritum*, Belo Horizonte, vol. 8, núm. 2, julio-diciembre de 2013, pp. 343-370,

²⁵ *Ibidem*, p. 346.

²⁶ Pons Rabasa, Alba, “Desafíos epistemológicos en la investigación feminista: hacia una teoría encarnada del afecto”, *Debate Feminista*, México, vol. 57, en prensa.

²⁷ Puar, Jasbir, *op. cit.*, p. 348.

a la materialidad afectiva y corpórea y, desde mi punto de vista, permitirá analizar la situacionalidad, la afectividad y la singularidad para complejizar la conceptualización de la diferencia, aquello que el carácter categorial de la interseccionalidad de alguna forma oscurece. En este sentido considero que lo que dibuja su complementariedad es el campo de tensión en el que los sujetos oscilamos, el que existe entre la dimensión normativa y la dimensión afectiva de la vida.²⁸

Gilles Deleuze²⁹ afirma que los ensamblajes colectivos del deseo tienen varias dimensiones en las cuales se pueden ubicar los dispositivos de poder foucaultianos. La dimensión donde este filósofo del deseo y su colega Félix Guattari ubican a estos dispositivos es la que remite a los estados de las cosas, los tipos de enunciados y sus estilos o jergas. Pero en ellos también ubican otra que remite a las territorializaciones o reterritorializaciones y a los movimientos de desterritorialización o formas de salir de estas demarcaciones espaciales.³⁰

Puar retoma esta teoría interesada por su modo de operación, que tiene que ver con la articulación y con la producción de conexiones que atienden, siguiendo a Haraway, al *continuum* entre el cuerpo y el mundo, que posibilitan un pensar en múltiples formas de materia, no sólo la que refiere a uno de los polos de la dicotomía humano-no humano, en sintonía con la teoría de la performatividad posthumana de Karen Barad, que, de acuerdo con Phillips, dan sentidos situacionales a los conceptos y que dejan de entender las categorías como atributos para analizarlas como “eventos, acciones o encuentros entre cuerpos” en procesos que no cristalizan un punto a partir del cual se despliegan sus variaciones, sino una pluralidad heterogénea de diferencias.³¹

²⁸ Pons Rabasa, Alba, “Desafíos epistemológicos en la investigación feminista...”, *cit.*

²⁹ Deleuze, Gilles, *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*, Madrid, Pre-textos, 2007.

³⁰ *Ibidem*, p. 123.

³¹ Puar, Jasbir, *op. cit.*, pp. 355-359.

Entonces, esta relectura *queer* y afectiva de la teoría de los agenciamientos nos invita a entender la estructura de la identidad enmarcada en determinada geometría del poder como una domesticación de la intensificación afectiva; como una suerte de disciplinamiento neoliberal de la materia.³² Algo parecido a lo que nos propone Rodrigo Parrini: “la sexualidad opera como un universal que impide pensar las diferencias y las heterogeneidades, pero también como un dispositivo que *cerca* el deseo e intenta *producirlo técnicamente*”.³³

Aquí la identidad sería la que actúa *cercando al cuerpo y la subjetividad y produciéndolos técnicamente*, por eso es necesario indagar con las dos propuestas, para también analizar la materialidad de estas producciones subjetivas y corporales que no sólo están sujetadas, sino que se escapan y retuercen los ideales regulatorios, las identidades y los efectos homogeneizadores y normalizadores de los dispositivos. Esta articulación nos permitirá problematizar la identidad como forma de analizar y relatar estos procesos de materialización subjetiva y corporal, así como asumir su condición paradójica, ambivalente y situacional e intentar comprenderlos desde su constante movilidad y desde sus momentos de clausura situacional; en resumen, desde su inevitable complejidad.

La imagen de la discusión en el auditorio se puede descomponer en varios niveles para su análisis afectivo situacional, sin dejar por ello de atender a su condición de conjunto. En un primer nivel nos encontramos con el espacio del auditorio, la distribución, su relación con el *afuera* y el momento. En un segundo nivel, con el encuentro de los cuerpos que este espacio físico-temporal, este evento, supone. Y un tercer nivel de los enunciados.

Voy a intentar hacer una descripción que atienda a las intensificaciones afectivas que se producen, a los encuentros cor-

³² Pons Rabasa, Alba, “Desafíos epistemológicos en la investigación feminista...”, *cit.*

³³ Parrini, Rodrigo, *Deseografías. Una antropología del deseo*, México, UAM Iztapalapa-UAM Xochimilco-UNAM, Centro de Investigaciones y Estudios de Género, 2018, p. 19.

porales, a los espacios y contornos que se van dibujando y a los intercambios discursivos y no discursivos. El fin es ilustrar cómo somos afectadas por intensidades difícilmente descifrables y extremadamente situadas que afloran por una conexión determinada entre elementos materiales e inmateriales, en un momento dado y en un encuentro específico, que no condiciona la intensidad ni la capacidad de afectarnos y afectar en otros eventos.

NIVEL 1. *Evento*. Ese día éramos pocas personas, el ambiente no era tan cálido, Xantall no dirigía la sesión, y como hacía varias semanas que no venía, se habían generado ciertas tensiones en el grupo, de las que yo también participaba. No habíamos roto el esquema del auditorio, nos sentamos alineadas, en consonancia con la disposición de los sillones. Sandra se había ofrecido para “dirigir” las sesiones mientras Xantall no estaba, de modo que esa era una de varias que ella había “dirigido”. Esto a Amalia la enervaba, pues Sandra imponía su voz habitualmente sin dejar espacio para opiniones encontradas con la suya, entre ellas, la de Amalia. En esa sesión Sandra decidió ocupar la tarima y colocarse en un nivel distinto al resto. Su corporalidad y su actitud, la energía que desprendía, era totalmente diferente a la de Xantall; de hecho, contrastaba bastante entre Marco, Ada, Valeria, Iker y Amalia.

NIVEL 2. *Encuentro corporal*. Hay una cuestión de edad y de clase social que implica universos de sentido y que aleja a Sandra del resto de personas que estábamos allí en ese momento; pero además, hay una cuestión de color y temperatura, de cercanía corporal, de roce y de mirada. Existe una dimensión de lo sensible que también interviene y configura la intercorporalidad y la intersubjetividad. Marco e Iker, muy jóvenes, estaban constantemente jugando entre ellos, se golpeaban, se reían, bromeaban mirándose a los ojos. Amalia y Valeria cuchicheaban rozándose siempre los brazos, se sentaban juntas compartiendo miradas cómplices. Entre ellas normalmente se hacen regalitos cotidianos y coquetean. Siempre se miran a los ojos de forma directa, cercana. Ada, también joven, o bien ríe estrepitosamente y grita mientras habla a gran velocidad, o se esconde tras su cabello

y sus grandes auriculares, mirando al suelo. Ese día estaba especialmente comunicativa, intensa, pero no reía; se respiraba agresividad en sus preguntas, estaba tensa. Sentada sola, en la última fila del auditorio, pocos minutos antes nos había compartido una situación de violencia —así lo llamó ella— que había vivido en la calle. Esa tensión que venía de atrás nos contagió a todas, cambió nuestras facciones y nuestros gestos ligeramente. Yo estaba sentada en el filo de mi asiento sin atender a Amalia, quien estaba sentada a mi lado y de vez en cuando me buscaba con la mirada para hablarme sin hablar, como chismeando para ver si adivinaba mi pensamiento. Afuera ya estaba anocheciendo y lloviznaba.

NIVEL 3. *Enunciados*. En este conjunto es donde se dieron los enunciados que he narrado en la descripción etnográfica anterior. Enunciados, gestos, miradas e interacciones que crearon una intensidad afectiva de la que emergieron comentarios cada vez más subidos de tono a los que Marco decidió cortar a través de algo así como la sorpresa, lo imprevisto, algo que nadie se atreve a responder porque es más intenso que el resto de los enunciados que finalmente están apelando a unos terceros que no están ahí: los *reggetoneros*, los drogadictos, los rateros. Valeria se conectó con los *reggetoneros* desde su vivencia de la diferencia y la utilizaba para inteligibilizar a estos “otros”. El resto no. Los relacionaron con drogadictos y rateros: más “otros” que ellas mismas, “otros” que reforzaban su sentimiento de normalidad en ese momento, en un contexto —la Clínica— en el que se respiraba deseo de normalización.

En este evento podemos ver cómo se configuran semiótica y materialmente conjuntos de enunciados cuya situacionalidad tiene que ver con posiciones de poder distintas, también contextuales y efímeras, que se interrelacionan de formas específicas, como la alianza, la rivalidad y la indiferencia. Es fundamental la manera en que, a partir de estas relaciones, se va configurando un *nosotros* y, consecuentemente, una alteridad, un *otros* que es flexible y que irá cambiando en las diferentes sesiones del grupo en función de los elementos mencionados en los puntos 1 y 2 de este análisis afectivo. Como nos recuerda Sara Ahmed, es en los

encuentros intersubjetivos que se dan en la vida cotidiana donde se asignan valores diferenciales a estos “cuerpos fuera de lugar”, a la figura del *extraño*, por medio de economías de nombres y signos que van interpeándolos situacionalmente.³⁴

Al inicio de la discusión Sandra no tenía lugar, pese a que estaba en la tarima y se sentía su mirada avistando el espacio entero. Intentaba hablar, pero nadie la escuchaba, hasta que lo consiguió a través de un enunciado que interpeaba a varias personas de la sala: a Amalia, que solía defender el trabajo sexual como actividad legítima para subsistir, pero también a mí, que no connotaba el gusto por el sexo como algo negativo, y a Valeria, que con su gesto mostraba no sólo la desaprobación por el enunciado, sino el rechazo a la actitud de Sandra que apelaba a la “normalidad” para imponerse. Ante la posibilidad de que se desatara el conflicto en un ambiente de tensión como el que he intentado detallar, en el que el gesto corporal colectivo era cada vez más erguido, serio, silencioso y contundente, Marco produjo una interrupción afectiva, que nos dejó a todas perplejas, y a la que sólo pudimos responder con silencio.

Sara Ahmed diría, quizá, que el asombro abrió nuestros cuerpos;³⁵ nos dejó expuestas a la incertidumbre, a no poder articular palabra. Sólo desató el silencio y creo que no me equivocaría mucho si dijera que provocó, además, un cambio de sensación de todas las asistentes que, ahora, estábamos sorprendidas, desconcertadas y pensando en Marco y la historia de su hermano, sintiendo finalmente una exaltación afectiva en silencio, una mezcla de vergüenza, lástima, compasión y desconcierto.

Aprehender las intensidades del cuerpo interconectadas que se dan en esta descripción etnográfica, ¿ya es nombrarlas y transformarlas en emociones? Entonces, si entendemos que el afecto es esa capacidad corporal de ser afectadas y afectar, que es esa

³⁴ Ahmed, Sara, *Strange Encounters: Embodied Others in Post-Coloniality*, Londres, Routledge, 2000, p. 21.

³⁵ Ahmed, Sara, *La política cultural de las emociones*, México, UNAM, Programa Universitario de Estudios de Género, 2015, p. 277.

intensificación, esa movilización; ¿cómo hablar de los flujos de energía que en este evento se movían e intensificaban los enunciados sin “psicologizarlos”? ¿Cómo analizar estas vibraciones que nos movían del asiento y nos incorporaban, o que nos hacían aplastarnos en él? ¿Cómo nombrar el impulso que giró mi cabeza y buscó la mirada de Amalia? ¿O el que movió su mano hacia el codo de Valeria sin significarlo culturalmente como una emoción que denota algún tipo de cariño? ¿Cómo hablar de los gestos faciales de Valeria y de su silencio?

Sin duda se dan una serie de gestos, disposiciones corporales, movimientos, incluso inconscientes, que no están significados, aunque eso no quiere decir que no produzcan una situación determinada, un espacio específico, un evento en el que se va constituyendo un *nosotros* y un *otros* escurridizo, elástico, en des-territorialización y reterritorialización constante, al calor de las discusiones. Un *nosotros* y un *otros* que no se corresponde con el que comentaba al inicio de este texto y que tiene que ver con la pertenencia al grupo, sino que tiene un carácter situacional. En este sentido podemos entender al grupo como una suerte de evento duracional en el que la situacionalidad tiene un efecto semiótico-material que forma parte fundamental de los procesos de materialización subjetiva y corporal de las asistentes y de la configuración, por tanto, de los mundos que habitan cotidianamente.

La edad, la clase social, la racialización y la sexualidad son fundamentales para entender ciertas diferencias entre Sandra y Amalia, o entre Sandra y Valeria o Marco, pero, además, el análisis afectivo nos muestra que este elemento situacional y sensible confiere de contingencia a las posiciones diferentes que se van dando, y moldea los enunciados y sus efectos intersubjetivos e intercorporales. Allá donde hay posiciones interseccionales también hay un afecto que las mueve con relación a los *otros* y configura espacios corporales determinados intersubjetiva e intercorporalmente, mostrando que no existe un sujeto interseccional independiente del mundo, sino posiciones de sujetos interseccio-

nales ancladas a contextos relacionales y afectivos específicos que condicionan la forma en que se manifiesta situacionalmente esta interseccionalidad. Hay momentos en los que ciertas intersecciones afloran y otras no, o momentos en los que la intersección se transforma en fusión, se desdibuja y se configura liminalmente. Ya no podemos pensar en estos procesos como homogéneos, ni desde la reproducción de la normatividad ni desde la transgresión o resistencia a la misma, porque las múltiples posiciones de sujeto que habitamos en los distintos contextos que conforman nuestro mundo implican territorializaciones y desterritorializaciones constantes, movimientos de sujeción a las normas y movimientos de alejamiento o desujeción de las mismas. Se trata de un proceso heterogéneo constante de disolución de los límites normativos y reconstrucción de otros límites.

Desde atrás de la sala se emite un detonador del debate con una intensidad generada por la dirección —de atrás hacia adelante—, la performance de Ada, y lo que había ocurrido momentos antes en la sesión. Valeria, cariñosa, dando calor a esta intensidad con un gesto que parece denotar la intención de suavizarla y canalizarla hacia un ejercicio colectivo de problematización y reflexión, emite un enunciado que genera diferentes reacciones discursivas, emergiendo así una condensación de discursos que caracteriza al espacio del grupo. Entre ellos el discurso de Sandra, quien lleva rato intentando intervenir, pero pese a la posición espacial que ocupa, no lo consigue. Eso intensifica su deseo de intervenir y, por consiguiente, también intensifica y tensa la enunciación y el evento. La posición desde la que enuncia Sandra —arriba y adelante— confiere de contundencia, a su vez, a su proposición, así como afecta diferencialmente a Amalia, interpelada de forma directa pero con sutileza, y a Valeria, que decide no “enunciar” pero sí gestualizar cierta desaprobación. Hay un cruce de miradas, encuentro corporal que me interpela afectivamente y enuncio un cuestionamiento. La posición en el espacio de Sandra silencia a Valeria, pero el conflicto en el que todas imaginamos que va a devenir esa situación tiene el efecto

contrario en Marco; a él lo activa. Hay fuegos cruzados, movimientos de reterritorialización y desterritorialización a través de enunciados y gestos, el contraste de opiniones toma cuerpo, produciendo posiciones periféricas y posiciones centrales, complicidades y disputas.

Toda esta información desborda y, por ende, complementa la que nos ofrece un análisis interseccional. Ni Sandra enuncia de la misma forma en otro conjunto de elementos ni lo que enuncia tiene el mismo efecto que tuvo en Valeria, que tuvo en Marco, en Amalia o en mí. Su enunciado tiene un efecto relacionado con la posición que ocupa en la tarima y su frustración por no sentirse escuchada, entre otras cuestiones ya comentadas, y que se tradujo corporalmente en cada unos de los gestos, movimientos y formas de ocupar el espacio del resto, produciendo algunos flujos de complicidad, así como ciertos flujos de alejamiento entre las participantes que en otras situaciones, en otras configuraciones espaciales, fueron diferentes.

Los enunciados van cambiando en función de estos conjuntos situacionales de elementos, y tienen una materialidad y una dimensión de lo sensible, así como también tienen efectos performativos. La situacionalidad de esta materialidad, de esta dimensión sensible y de sus efectos performativos, evidencia diferentes posiciones subjetivas y corporales que, además de responder a la interseccionalidad, responden a la afectividad. En este sentido, podemos observar cómo edad, clase social y sexualidad se articulan con posición en el espacio, con intensidad de proposiciones corporales, con intensificación enunciativa, con efectos sensibles de los encuentros corporales, con flujos de complicidad entre personas, con flujos de negatividad, incluso, y con ciertas condiciones ambientales como la oscuridad, el frío y la disposición del espacio del auditorio. Se da una trama, una red de elementos humanos y no humanos, de materialidades difusas por donde circula el poder y que no podremos observar únicamente en su relación con los ejes de diferenciación social para analizar las posiciones subjetivas y los efectos de lo ocurrido.

V. HACIA UNA ETNOGRAFÍA AFECTIVA DE LOS PROCESOS DE MATERIALIZACIÓN SUBJETIVA Y CORPORAL

A través de la combinación de estos dos marcos analíticos podemos concluir que la identidad organiza el cuerpo, lo contiene en formas reconocibles, lo administra y lo constituye, pese a que se pueda entender como un proceso interseccional. Por lo tanto, con la teoría de la interseccionalidad podemos indagar en las formas en que se confiere de aceptabilidad a estos cuerpos y subjetividades, así como en las formas en que se contienen y se reterritorializan de modo continuo.³⁶ Es decir, podremos analizar la dimensión normativa de la vida social y construir reflexiones críticas en torno a las estructuras de poder y regulación social y a sus efectos en los procesos de materialización subjetiva y corporal.

Con Deleuze y Guattari y su teoría de los ensamblajes, releída por Puar, podríamos darle contenido a la sugerente propuesta de la fusión que nos ofrece Lugones para indagar los movimientos de desterritorialización, así como las intensidades afectivas, los espacios y encuentros corporales y las conexiones entre elementos humanos y no humanos, discursivos y no discursivos. Accediendo así a las singularidades situadas que se van dando en el campo de lo social, podemos preguntarnos sobre la producción de subjetividad y sus materializaciones, ya no solamente desde lo discursivo y lo normativo, sino también desde lo material y afectivo.³⁷ Porque si bien la subjetividad y la corporalidad son efectos de poder, no son estables ni coherentes, más bien complejos y heterogéneos; procesos singulares, constituidos por la diferencia particularizada a través del afecto³⁸ y enmarcados en geometrías de poder específicas.

³⁶ Pons Rabasa, Alba, “Desafíos epistemológicos en la investigación feminista...”, *cit.*

³⁷ *Idem.*

³⁸ Pons Rabasa, Alba, *De las transformaciones sociales a las micropolíticas corporales...*, *cit.*

En este sentido es que considero necesario problematizar la necesidad de categorización en la etnografía feminista y apuntar hacia la búsqueda de formas de analizar y escribir ya no desde la generalidad, la universalidad, la simplicidad, la homogeneidad o incluso la identidad, sino atendiendo y respetando la situacionalidad, la contextualidad, la complejidad, la heterogeneidad y, por supuesto, la experiencia y la singularización. Encontrarlas supone huir de la categorización rígida que la investigación utiliza para aprehender el mundo, creando conceptos flexibles que nos permitan hacernos comprensibles pero que intenten evitar al máximo la objetivación de las experiencias vividas.

Quizá este tipo de epistemología otra* sea una forma de asumir el desafío de la desbinarización del pensamiento. Una ruta de conocimiento que nos permita analizar colectiva y críticamente los procesos de materialización subjetiva y corporal, abriéndose así la posibilidad de repensar nuevas y posibles políticas emancipadoras. De hecho, este debería ser el objetivo de toda investigación feminista sobre lo trans*, ensanchar las fronteras de la ciudadanía sexual a través del cuestionamiento y el análisis de los costes que han tenido las estrategias hasta ahora aplicadas para ello, y proponiéndolo como una multiplicidad de formas de existencia posibles.

El correlato metodológico de esta epistemología otra*, feminista, crítica, implica la problematización de la observación participante, así como de la entrevista, técnicas clásicas de la investigación antropológica que si bien nos permiten construir conocimiento, no pueden atender a la dimensión afectiva de la vida social, esa que implica a todo el cuerpo, la subjetividad y la afectividad de la investigadora y sus colaboradoras. En este sentido es que se abre el interrogante sobre lo que caracteriza una etnografía afectiva. No se trata solamente de poner el afecto como eje principal de análisis, sino de asumir que la afectación de la investigadora es la única ruta que nos permite analizar fenómenos que desbordan lo discursivo y que son situacionales.

Esta situacionalidad no puede ser comprendida si no es el marco de la afectividad entendida en términos de relacionalidad.

Si volvemos a la escena etnográfica que he presentado, podemos ver cómo para describirla y hacer el análisis afectivo es necesario asumir la afectación al grupo y la afectación a la propia investigadora. No solamente porque desde ahí se pueda construir un nivel de confianza y complicidad más intenso que nos dé acceso a más información sobre las personas con las que trabajamos, es porque el material a analizar tiene que ver siempre con la afectación propia ya no solamente como investigadora, sino como un sujeto más que siente, se relaciona y (se) transforma en el contexto y proceso mismo de la investigación. Estar, habitar nuestros trabajos de forma implicada, es una práctica corporal, y toda práctica corporal es performativa y participa de nuestros procesos de materialización como “sujetos”.³⁹

Por lo anterior quizá podríamos pensar en una etnografía afectiva que no observa de forma participante; una que inevitablemente se afecta por el campo y asume la afectación que produce en el campo, así como su producción misma. Por otro lado, y en diálogo con la propuesta de Soler en este mismo volumen, si la vulnerabilidad —como apertura sensible, interdependencia y relacionalidad radical— es constitutiva, la única ruta para pensar la experiencia de campo, con relación al interrogante sobre los procesos de materialización subjetiva y corporal, es a partir de la afectación que esta vulnerabilidad constitutiva supone.

Como comentaba al inicio de este texto, ha habido en la antropología intentos por desplazar la observación participante proponiendo técnicas como la percepción observante de la antropología sensorial, sin embargo, creo que nos queda por explorar todavía cómo estas técnicas se aplican a la etnografía feminista sobre la materialización de los sujetos, y no sólo en lo que refiere a la sensorialidad, sino también a la sensibilidad y la afectividad. En esta etnografía feminista apliqué la participación

³⁹ Muñiz, Elsa, *Disciplinas y prácticas corporales. Una mirada a las sociedades contemporáneas*, Barcelona-México, Antropos-UAM Azcapotzalco, 2010.

observante al explorar diferentes formas de ponerla en práctica en distintas fases del proceso, pero considero que llegó un momento donde mi nivel de apertura sensible, exposición, implicación y complicidad me ubicó en una posición que podríamos nombrar más puntualmente como “vulnerabilidad analítica”.

Asumir la vulnerabilidad constitutiva en la investigación, por un lado, cuestiona la distinción entre sujeto investigador/objeto investigado, y por el otro, le otorga al afecto un estatus epistemológico que convierte las capacidades sensibles de la investigadora en herramientas de análisis. Si bien la vulnerabilidad constitutiva, en tanto condición ontológica, siempre está, desplazarla al plano epistemológico y metodológico nos permite poner en juego estas capacidades, legítimarlas en la investigación y producir conocimiento encarnado. Esto no significa, como hemos podido ver a lo largo de este texto, que obviemos la geometría del poder que opera distribuyendo de forma diferencial las condiciones materiales de la existencia, más bien, significa que hay una condición ontológica común —donde el afecto es fundamental— que posibilita la relacionalidad desde la diferencia; una diferencia que tiene un carácter normativo, pero que incluso se particulariza en el plano inmanente a través de lo afectivo y de forma situacional.

Con las técnicas tradicionales de investigación —como hemos podido notar— es posible realizar un análisis interseccional que nos permita producir pensamiento crítico en torno a estas geometrías del poder y las gramáticas de reconocibilidad que producen, aunque no podremos aprehender su materialidad, su situacionalidad y la diferencia que también forman parte de los procesos de materialización subjetiva y corporal. Como hemos observado con el análisis afectivo, es necesaria una posición que asuma cómo nos afectamos en el campo y cómo afectamos al campo —véase cómo en la escena etnográfica mi afectación también participa de la producción del campo mismo— para poder aprehender la situacionalidad, la diferencia y la singularización que de igual modo son constitutivas y que en términos ontológicos cuestionan una idea de sujeto individual, estable, coherente y

trasparente para sí mismo. Entonces, la vulnerabilidad analítica es la asunción de una posición epistemológica desde la cual se pueden desplegar juegos metodológicos que implican las capacidades sensibles de la investigadora y que abren un diálogo, una colaboración, desde la diferencia, para la producción de pensamiento antidicotómico y encarnado.

Aquí es necesario matizar que el proceso metodológico de una investigación nunca es estable, pues a medida que el proceso avanza, se dan deslizamientos metodológicos de unos juegos o técnicas a otros, de unos usos particulares de esos juegos a otros. Deslizamientos que tienen que ver con la transformación constante de la relacionalidad de la investigadora con sus colaboradoras y su intensidad, y que al ser reconocidos asumen esta vulnerabilidad analítica. Ahora bien, considero que lo fundamental es que una etnografía afectiva necesita poner en juego todo el cuerpo, la subjetividad y la afectividad de la investigadora en todas las fases del proceso investigativo, rompiendo la frontera entre ella y las personas con las que trabaja y abriendo la posibilidad de producir conocimiento encarnado colectivamente. Siendo así, habría que cuestionarnos sobre la aceptabilidad de este tipo de conocimiento en el que los informantes se convierten en colaboradores y productores de conocimiento en el contexto académico.

Apunto con tanto énfasis estos temas epistemológicos y metodológicos porque siempre poseen un correlato político que tiene que ver con las representaciones que generamos en nuestros trabajos de investigación. Es importante preguntarnos hasta qué punto estas representaciones objetivan las experiencias que investigamos o si apuntan hacia la construcción de otras formas de existencia posibles. En este sentido es que hago una invitación a la antropología a *nomadificarse*, a detenerse en los procesos de singularización, a realizar análisis y escrituras que intenten aprehender los movimientos constantes, las singularidades situadas, los momentos fugaces de fijación y, al mismo tiempo, las desterritorializaciones, desidentificaciones y torsiones de los referentes hegemónicos.

VI: BIBLIOGRAFÍA

- AHMED, Sara, *Strange Encounters: Embodied Others in Post-Coloniality*, Londres, Routledge, 2000.
- AHMED, Sara, *La política cultural de las emociones*, México, UNAM, Programa Universitario de Estudios de Género, 2015.
- BRAIDOTTI, Rosi, *Metamorfosis. Hacia una teoría materialista del devenir*, Madrid, Akal, 2005.
- CRENSHAW, Kimberlé, “Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine”, *Feminist Theory and Antiracist Politics*, *University of Chicago Legal Forum*, vol. 1989, núm. 1, 1989.
- DELEUZE, Gilles y GUATTARI, Félix, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, Pre-textos, 2004.
- DELEUZE, Gilles, *Dos regímenes de locos. Textos y entrevistas (1975-1995)*, Madrid, Pre-textos, 2007.
- HARAWAY, Donna J., “Testigo_Modesto@Segundo_Milenio**”, *The Haraway Reader*, Nueva York, 2004.
- HARAWAY, Donna J., *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995.
- LAURETIS, Teresa de, “Sujetos excéntricos”, *Diferencias. Etapas de un camino a través del feminismo*, Madrid, Horas y horas, 2000.
- LUGONES, María, “Multiculturalismo radical y feminismo de las mujeres de color”, *Revista Internacional de Filosofía Política*, México, núm. 25, 2005.
- MUÑIZ, Elsa, *Disciplinas y prácticas corporales. Una mirada a las sociedades contemporáneas*, Barcelona-México, Antropos-UAM Azcapotzalco, 2010.
- PARRINI, Rodrigo, *Deseografías. Una antropología del deseo*, México, UAM Iztapalapa-UAM Xochimilco-UNAM, Centro de Investigaciones y Estudios de Género, 2018.
- PINK, Sarah, *Doing Sensory Ethnography*, 2a. ed., Londres, SAGE, 2015.

PONS RABASA, Alba, *De las transformaciones sociales a las micropolíticas corporales: un archivo etnográfico de la normalización de lo trans* y los procesos de corposubjetivación en la Ciudad de México*, tesis doctoral, México, UAM Iztapalapa, 2016.

PONS RABASA, Alba, “De la representación a la corposubjetivación: la configuración de lo transgénero en la Ciudad de México”, en AMUCHÁSTEGUI, Ana (ed.), *Mujeres y VIH en México: perspectivas multidisciplinares en la atención a la salud*, México, UAM Xochimilco, 2018.

PONS RABASA, Alba, “Desafíos epistemológicos en la investigación feminista: hacia una teoría encarnada del afecto”, *Debate Feminista*, México, vol. 57, en prensa.

PUAR, Jasbir, “Prefiro ser un ciborgue a ser una deusa: interseccionalidade, agenciamento e política afetiva”, *Revista Meritum*, Belo Horizonte, vol. 8, núm. 2, julio-diciembre de 2013.